



zones del príncipe, sin que valiera la oposición de Petersborough: por esta causa torció la escuadra su primitivo rumbo, y fué á encender en las costas de Cataluña y Valencia la hoguera de la guerra civil de que fueron aquellas provincias malhadado teatro.

El ceño con que la fortuna miraba á su monarca, y el despecho por verse reducido á ser juguete de la ambición extranjera, habían influido en el ánimo de gran parte los españoles, concitándolos al descontento, y aún á la rebelión contra Felipe V.

Montellano, según queda ya referido, fué el primero que indicó esta mudanza, rebelándose contra la misma princesa de Ursinos, á quien antes se mostraba tan sumiso, y abogando en pró de la emancipación española. Descubriéronse una porción de conspiraciones, reales unas, otras imaginarias, y Luis XIV, para conservar su contrarrestado dominio, recurrió á cuantos medios pueden caber en la mente de un ambicioso. El conde de Cifuentes, preso por causas de esta naturaleza, se evadió de la prisión á favor de un disfraz, y recorrió en són de agitador varias provincias de España. El conde de Leganés, grande de España, comandante general de la caballería, y personaje de mucha importancia, de quien hacia tiempo que se sospechaba ser adicto á los intereses del partido imperial, fué preso también en este tiempo por

habérsele acusado, aún no se sabe si con verdad ó sin ella, de fautor de una vasta conspiración, cuyo objeto principal era apoderarse de las personas del rey y de la reina, cuando el día del Corpus volviesen de la procesion al palacio del Buen Retiro, y ponerlos en Lisboa á disposición del archiduque. Denunciada esta conspiración por el embajador Amelot, y muy cargada de exageración la denuncia, aunque algo de verdad hubiera en ella, según lo hacían creer los antecedentes políticos del personaje acusado, fué el conde de Fuentes, sin atender á más pruebas ni guardar legalidad en las formas ni respeto á la elevación de su jerarquía, encerrado en la ciudadela de Pamploña, y luego deportado á Francia, donde poco después concluyó su vida. Este suceso desplazó mucho á la grandeza española, que sentía ultrajada su majestad colectiva por el poco decoro y arbitraria violencia con que se había procedido al encarcelamiento y deportación de uno de sus miembros de más nota. La corona de Felipe V empezaba á ser mirada con malos ojos por muchos, y sólo un peligro muy inminente pudiera reanimar el cariño con que no había mucho tiempo miraban los españoles á su rey, cariño que habían ido trocando en desden y en hastío las mezquinas intrigas de los naturales y la insolente jactancia de los extranjeros.

### CAPÍTULO III

#### Guerra civil.

Siguiendo el consejo de Darmstadt, el archiduque se dirigió con las naves de Petersborough á las costas del Este de la península, y llegado á las cercanías de Valencia, y héchose reconocer con sus pretensiones, fué acogido favorablemente por los habitantes de aquella tierra, gente descontentadiza y no muy bien avenida con los Borbones. Proclamado rey de España en Denia, y aceptado como tal en todos los contornos, cobró ánimo, y volvió las proas hacia Cataluña, desembarcando en Palamós y emprendiendo el sitio de la capital del Principado, sin que le arredrara el reducido número de sus tropas. Estaba el espíritu de los catalanes inclinado en pró del archiduque, y ciertamente era la provincia que ménos razón tenía para ello, por ser la que sufría más ligero gravámen, y la que más privilegios y favores había obtenido de la corona. Cosa singular es, si bien se considera, que los mismos que en el siglo anterior se habían sometido al yugo de los Borbones por evitar la dominación de la raza austriaca, ahora lidiasen por un príncipe de esta raza esquivando la autoridad de los Borbones. Pero, pese á sus intentos de rebeldía, conteníanlos ahora la fuerza de la guarnición castellana y la severidad del virey Velasco, que

hizo ajusticiar al gobernador de la fortaleza de Monjuich, por haber sorprendido sus tratos con la gente del archiduque. En vista del poco resultado que habían conseguido con su presencia, empezó á manifestarse tímido disgusto en el campo de los aliados, y ya trataban de retirarse á Italia, según habían dispuesto de antemano, sin que fueran parte á contenerlos las súplicas y protestas del príncipe de Darmstadt, cuando Petersborough se apoderó por sorpresa del castillo de Monjuich, ayudándole á ello la explosión de un almacén de pólvora de resultados del estallido de una bomba, y sucumbiendo el príncipe de Darmstadt en el ataque.

Este logro decidió la guerra civil; ofreciéronse por do quiera voluntarios al archiduque; adhiriéndose á él Figueras, Lérida y Tortosa; Velasco, á pesar de su generosa decisión, hubo de entregar á Barcelona, compelido á ello por la flaqueza de sus tropas y rebelde ademan de sus gobernados, y rendida por capitulación la plaza el 9 de Octubre de 1705, salió de allí despedido por el populacho con dicterios é insultos. Siguiéron Tarragona y Rosas el ejemplo de la capital, y en breve el archiduque era reconocido como rey de España en toda Cataluña. No se quedaron atrás en este movimiento





las provincias de Aragón, Valencia y Murcia, no quedando por Felipe V más que las plazas de Alicante y Peñíscola, y viéndose los castellanos en grave riesgo y apuro.

Llegaron estas noticias á Madrid con grandes lástimas y ponderaciones, y Felipe, viendo sus reinos tan en jaque, decidió hacer un esfuerzo supremo para dominar aquella mala situación. Solicitó y obtuvo refuerzos de Luis XIV, y desguarneciendo la frontera occidental de España de casi todas las tropas que la defendían, dejando confiado el sosten de la guerra por aquella parte á unas cuantas milicias bisoñas y al paisanaje armado, bajo la conducta del duque de Berwick, fué destinado el mariscal de Tessé á lidiar en las provincias insurrectas, llevando en su ejército lo más granado de las huestes españolas, y dándole autoridad la presencia del mismo monarca. La reina quedó nominalmente encargada de la regencia mientras durase la ausencia de Felipe, si bien el verdadero director de todo aquel teclado político era el embajador Amelot en nombre del rey su amo. Los insurgentes, por su parte, tenían en sus ánimos tan entronizado á Carlos III, que no ofrecían esperanza alguna de reduccion; Felipe, conocedor de esto, desesperaba de salir airoso de tantas contrariedades, y se lamentaba del poco afecto que á su persona mostraban los españoles. Entró el ejército borbónico por el territorio aragonés, y fué recibido con muy mala voluntad por los pueblos, que lo miraban como un tropel de enemigos: verdad es que los soldados de Felipe V, con impolítica aprobación de sus jefes inmediatos, procuraban justificar este mal querer á fuerza de rigores y de atropellos.

Opinaba Tessé que antes de atacar á los rebeldes en su mismo centro, es á saber, en Barcelona, convenia posesionarse de las demas ciudades principales que habían abrazado como aquella la causa del archiduque; pero Felipe, impaciente por terminar de un golpe aquella empresa, no acogió la proposición del mariscal. En su consecuencia, partió el ejército la vía de Barcelona, y en los mismos contornos de esta plaza, se le agregó el cuerpo auxiliar de franceses que había venido cruzando los Pi-

rineos bajo la conducta de duque de Noailles. Establecióse con todas estas fuerzas el sitio, cooperando á él la escuadra del conde de Tolosa, cuyas treinta velas cerraron la entrada del puerto y la esperanza á los sitiados de recibir socorros de ninguna clase. Era Barcelona á la sazón localidad de mucha importancia, como residencia y corte provisional del pretendiente, y punto al cual venían á anudarse todos los hilos de aquella insurrección; era escasa la milicia empleada en su defensa, llegando apenas á ser la décima parte de la que contaba Felipe. Contrapesaban esta desigualdad el denuedo de los habitantes, que desde entonces no perdonaron riesgo ni fatiga; la adhesión que profesaban á su recién jurado monarca; la popularidad que éste había sabido granjearse entre aquellos hombres, y el tesón y actividad que desplegó para no perder lo adquirido. Todas estas circunstancias hicieron que, contra todas las probabilidades del número y de los recursos, Barcelona no cayese por entonces en poder de los Borbones. Además, Petersborough y Cifuentes, hombres de grande expedición y audacia, vagaban con alguna tropa por las avenidas de la plaza, causando al ejército sitiador cuanta molestia podían. Por otra parte, el mariscal de Tessé, muy hábil sin duda é inteligente como militar especulativo, era el menos á propósito para dirigir aquella considerable empresa, por la natural é intempestiva circunspección de su carácter y lo remiso que andaba en el servicio del rey: otra cosa hubiera sucedido tal vez si el mariscal y el duque de Berwick hubieran cambiado cargos, viniendo éste al ataque de Barcelona, y quedándose aquél en la frontera de Portugal.

A pesar de todo, la partida era muy desigual para que á la larga dejaran de perder los aliados. Rindióse el castillo de Monjuich después de una gran resistencia, que duró veintidós días, quedando la plaza dominada por los sitiadores y expuesta de lleno al fuego de su artillería. Ya estaban éstos seguros del logro, desesperados del éxito de su resistencia los habitantes, aportillados los muros, prevenido el asalto, asalto á que necesariamente había de seguirse la rendición, cuando un inesperado



acaecimiento vino á trocar por completo la situación de unos y otros, convirtiendo el desaliento en júbilo y las seguridades en quimeras: presentóse una poderosa escuadra anglo-holandesa, bien bastecida de gente y municiones. A su vista, se retiró á Tolón con sus naves el conde de Tolosa, y Tessé, cediendo á su habitual timidez, que le hizo ver el asunto más mal de lo que estaba realmente, se retiró con toda precipitación, dejando á merced del contrario los enfermos, heridos, artillería y municiones, sin atender á la generosa resistencia del rey, que prefería á la retirada morir combatiendo sobre la brecha. Empezó el ejército fugitivo su desastrosa marcha, hostilizado siempre por las columnas enemigas, hasta que llegó á Perpiñán el 19 de Mayo de 1706, ocho días después de haberse levantado el sitio.

Quedó de este modo abandonada España á los partidarios de la casa de Austria. La desgracia de los Borbones, los recuerdos de la dominación austriaca, recuerdos acariciados como todo lo que pasó; los intereses materiales, el odio á la influencia de los franceses, y en especial á la dominación de la princesa de Ursinos, todo esto había retraído del servicio del rey á una gran parte de la grandeza española. El marqués de Santa Cruz se pasó al archiduque con fondos que se le habían confiado, contribuyendo después á la pérdida de Cartagena, y el duque de Medinaceli en plena y autorizada junta de magnates, se quejó alta y amargamente del entrometimiento en nuestros asuntos más íntimos del gabinete de Versalles, y de la codicia con que la princesa de Ursinos malversaba los fondos públicos en su particular provecho. Por el lado de Portugal, el duque de Berwick había tenido que retirarse ante un ejército de cuarenta mil hombres que capitaneaba el marqués de las Minas, dejando que Alcántara, Ciudad-Rodrigo y Salamanca, cayesen en poder de los aliados, quedándoles espedido el camino de la capital, mientras por el lado opuesto venía á confluír en el mismo centro el ejército defensor de Cataluña.

Pero contra tantas desgracias luchaba el ánimo invencible de Felipe V, á quien no pudo conocer quien no lo conoció en la adversidad.

Entonces era cuando brillaban sus mejores cualidades; cuando la conciencia de su estado y de la necesidad de buscar medio para salir de él á toda costa, denominaba los apétitos de su genial indolencia, así como las vacilaciones inherentes á su carácter hipocondríaco: sin desesperar de su causa en el momento en que todo el mundo le juzgaba perdido, y que no faltó quien le propusiera como tabla de salvación el abandono de su corona, volvió á pasar animosamente la frontera, y en seis de Junio estaba ya en Madrid, donde fué acogido con protestas de lealtad y aclamaciones de júbilo. Siempre han sido los españoles amantes del valor y admiradores de la magnanimidad; por lo que aquella decisión de Felipe, en vez de comprometer su causa, halló buen eco en los corazones de todos.

Sin embargo, no era Madrid en aquellas circunstancias asilo seguro para la corte. Acercábanse por dos partes los aliados, y no había medio de resistirles la entrada. En consecuencia de esta consideración, la familia real, reunida en Guadalajara con la escasa fuerza que traía Berwick en retirada, trasladó á Burgos su residencia y el asiento de su gobierno. Escogióse este sitio, después de largas deliberaciones, como inmediato al centro de España, á fin de que no viesen á su monarca los españoles ni muy aislado y puesto en peligro si se retiraba á las regiones del Mediodía, ni muy propenso á abandonarlos, si se retiraba á las provincias del Norte. Antes de salir de Madrid, dejó encargado Felipe á su corregidor, el marqués de Fuen Pelayo, que entregase la villa al enemigo sin oponer resistencia, como en efecto lo hizo, y autorizó asimismo á todos los servidores de su casa para que se hiciesen á la parte que más le conviniese; pero ninguno de ellos dejó de acompañarle en aquel tiempo, prefiriendo seguirle en la desgracia á ser satélites de la fortuna ajena.

Apenas había salido Felipe V de la capital, entraron en ella con aparato triunfal las tropas del archiduque, conducidas por Galloway y por el marqués de las Minas. Recibiólas el pueblo con ceñudo silencio, manifestándoseles adversos hasta los mismos nobles que antes ha-





bían solicitado secretamente su venida y el destronamiento del francés, ya porque no creyesen bien asegurado el éxito del partido austriaco, ya porque hubieran mudado de parecer por motivos más decorosos que los del interés personal: el marqués de Rivas, secretario de Estado de Felipe V, se declaró adicto á los aliados, raro ejemplo de defección. Toledo fué la única ciudad de importancia que festejó la buena suerte del archiduque, gracias al influjo de la reina viuda y del cardenal Portocarrero, que residían allí, y que anhelaban ardientemente el nuevo establecimiento de la dinastía austriaca, aquella por simpatías de familia, el cardenal por odio á los franceses, que no habían hecho á la verdad mucho caso de su persona ni de sus servicios, y ambos por ver si con el nuevo orden de cosas podían recuperar su deslustrado prestigio. Pero en vano abrigaron aquella esperanza: el gobierno de los aliados era tan inestable y efímero, que no duraba más que su presencia ni se extendía más allá del alcance de sus armas. Los excesos de la soldadesca habían contribuido á enajenar los ánimos del paisanaje. El archiduque, por otra parte, en lugar de venir á Madrid como le convenía y hacerse reconocer por su persona y por sus actos, se entretuvo en recoger ovaciones y vivas por los pueblos del tránsito, de suerte que cuando quiso entrar en la capital ya era tarde. Además, no era Madrid capital de tanta importancia que su ocupación bastara á decidir el destino de la península.

Felipe, entretanto, no perdía tiempo en su retiro. Toda España, salvo las provincias de Cataluña, Aragón, Valencia y Murcia, se habían declarado con tanto ardor en pró de su derecho que las ofertas excedían los límites de la posibilidad y del deseo, y no había sacrificios que bastasen á arredrarla en la prosecución de su empeño.

Una provincia ofreció á Felipe todos sus hijos para que hiciese de ellos soldados; otra agotaba sus caudales para proporcionarle recursos; llovían ahora los donativos de que en otro tiempo se habían mostrado tan avaras las cortes. Un cura de cierto pueblo de ciento veinte vecinos, ofreció al rey ciento veinte pesos en

nombre de sus feligreses, deplorando la exigüidad de la suma, y suplicándole con lágrimas en los ojos que la admitiera en gracia de la buena voluntad con que se la ofrecían. Salamanca se declaró por los Borbones apenas hubieron salido de su recinto los aliados, y en Valladolid, cuya fidelidad había parecido vacilante, rompió el pueblo en unánimes y estrepitosos vivas, amenazando con la muerte á todos los parciales del archiduque. No dejó Felipe que se evaporara este entusiasmo en vanas protestas y clamores: antes bien lo esforzó con su porte y sus discursos, y se preparó á recuperar lo perdido. Berwick, cuya corta fuerza había sido hasta entonces la única esperanza de la monarquía, la manejó con superior destreza: aprovechándose de la seguridad ó de la desidia que mostraban los aliados, había conservado siempre buenas posiciones, y uniéndose luego en las riberas del Henares con las tropas procedentes de Pamplona, que había acaudillado tan desgraciadamente Tessé, y con muchos refuerzos que le llegaban sin cesar de todas partes, se halló en estado de oponer su ejército al del archiduque, y de hacer retirar á éste desde Guadalajara, cuando después de haber tomado posesión del reino de Aragón en Zaragoza, quería venir á Madrid á tomar á su vez posesión del reino de Castilla. Felipe V se había reunido al ejército y esforzaba el valor de todos con su presencia. Retiróse á Valencia el archiduque, no sin que su ejército sufriese muchas pérdidas en la retirada: el ejército de los aliados que había entrado en Madrid, tuvo que salir de esta villa, y después de algunos movimientos indecisos, se reunió á las fuerzas del pretendiente, y corrió la misma suerte que ellas. Después de haber llegado hasta las fronteras de Murcia, separóse Felipe de su ejército y volvió á Madrid el 4 de Octubre, donde fué recibido con grande efusión y ejerció templados castigos contra algunos de los personajes que lo habían abandonado en la desgracia: hizo salir de España á la reina viuda, perdonó á Portocarrero, que entregó una gruesa suma por tal de que no castigasen con severidad su anterior conducta, desterró á sus tierras al marqués de Rivas, y condenó del mismo modo á



varios á destierro, confiscación de bienes y pérdida de empleos. El archiduque, que llegó á Valencia en son de fugitivo, y con pérdida de más de diez mil hombres en su desastrosa retirada, obtuvo allí también una acogida respetuosa y lisonjera.

Así terminó aquella crisis que tan graves mudanzas amenazaba, y cuya inextricable máquina de acontecimientos tuvo principio indudablemente de una mala elección. En efecto, si Berwick en lugar de Tessé hubiera dirigido las operaciones del sitio de Barcelona, esta plaza hubiera caído en poder de las armas de Borbon, á no ser que flaqueasen de un modo inverosímil todas las leyes de la probabilidad; y cuánto no hubieran variado los fines con esta variación fundamental del principio? Si á lo ménos hubiera quedado Berwick en la frontera de Portugal con fuerzas más respetables, tal vez hubiera podido contener la invasión, é impedir que el marqués de las Minas llegara hasta Madrid. De todos modos, la verdad es que la monarquía se halló puesta en gravísimo riesgo, y que sólo á la habilidad del duque de Berwick y al fatal desacierto de sus contrarios se debió la fácil solución de aquel apurado compromiso.

En Italia entretanto seguían nuestros asuntos una marcha desfavorable. Vendôme, después de haber conseguido muchas ventajas, de haber vencido en Calcinato á una división enemiga y de haberse apoderado de Niza, Villafranca y Montmelian, dejó espedita la entrada del Piamonte y franco el paso para que los franceses llegaran hasta Turin. Establecióse el sitio con un poderoso ejército capitaneado por el duque de Orleans, sobrino del rey de Francia, y dirigido por el duque de Fenillade. El de Saboya, que se hallaba dentro de la plaza, salió de ella antes de que se completase el cerco, desconfiado y con razón de tan débil reparo. Oprimida Turin por el gran número de sitiadores, se veía ya en el último trance, sin que valiera para su salvación la heroica defensa de su gobernador Daun, cuando acudieron unidos el príncipe Eugenio y el duque de Saboya con fuerzas lucidas, aunque inferiores, y sostenidas por el esfuerzo y fortuna de su ge-

neral. Tratóse una reñida lid, de la que salieron heridos los duques de Orleans y Saboya; derrotados los franceses con muerte de seis mil de los suyos, prision de diez mil y pérdida de todo el equipaje; el Piamonte y el Milanesado, arrancados definitivamente á la dominación española, y proclamada en ellos la soberanía del archiduque.

Malborough en Flandes guerreaba con tanta fortuna como el príncipe Eugenio en Italia. Ganó contra el inepto Villeroy la memorable batalla de Ramillies, en la cual los franceses apelaron á la fuga, después de una resistencia más débil de la que convenía al honor militar, y dejaron el campo lleno de muertos y en poder del enemigo sus banderas, bagajes y artillería. De resultas de esta batalla, que dejó aquel país en completo desamparo, se apoderó Malborough de casi todas las ciudades de Flandes, perdiéndolas para en adelante España, y descaeciendo en Europa la importancia de la monarquía de Luis XIV. Para proveer remedio en tan grave crisis fué llamado de Italia el duque de Vendôme, por cuyo motivo no asistió este general al sitio de Turin, ya referido antes, ni á la batalla que perdieron los franceses en sus campos. Luis XIV, oprimido por todas aquellas pérdidas, resignó su orgullo á entrar en tratos y hacer cuantiosas cesiones á los aliados, pero nada resultó de estos tratos por entonces, y unidos más estrechamente que nunca los dos gabinetes de Madrid y Versalles, hicieron formidables preparativos para la campaña de 1707.

El hecho de guerra más notable que acaeció en este año fué la batalla de Almansa, ganada por el duque de Berwick contra Galway, el marqués de las Minas. Empezó esta batalla con visos de sorpresa de parte del enemigo; pero reforzadas y repuestas las huestes de Berwick, cayó sobre los aliados en la llanura de Almansa, y después de una porfiada refriega, en la que se señalaron ventajosamente los jefes Asfeld y Amezága, resultaron fuera de combate los dos generales, su gente sin dirección y entregada á la más sangrienta carnicería. El ejército del archiduque fué exterminado, á excepción de seis mil hombres, que se rindieron al día siguiente. En consecuencia de esta ac-